

*Tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata;  
Y a mí, que te deseo inextinguible y única, .  
Dame la eternidad de tu silencio. ¡oh Hermana!*

(Invocación).

Intima y agitada, María Eugenia Vaz Ferreira, sin las cualidades de fondo de los parnasianos, fué también por la forma de su producción, lo más opuesta posible a esa escuela literaria. Ningún verso más irregular, más libre y más caprichoso que el suyo. Hizo del ritmo y de la rima, lo que su antojo del momento quería. Lejos de respetar en el lenguaje las exigencias de una tradición clásica o de un gusto difícil, lo amoldó a sus propias y personalísimas voluntades sin despreciar siquiera los errores y licencias del vulgo.

Nada tuvo de los parnasianos, ni el pensamiento lúcido, ni la imaginación plástica y precisa, ni la objetividad perfecta, ni la curiosidad arqueológica, ni el dominio de sí, ni el celo de la forma exacta y equilibrada. Los poetas parnasianos casi siempre describen y alguna vez narran; se dice que pintan, modelan o esculpen. María Eugenia Vaz Ferreira no tiene en toda su obra conocida un solo cuadro ni una sola escena. Su modo en la poesía es el canto que invoca y evoca. Ella canta su pasión con fervores de arrebató. Su *Oda a la Belleza*, lo mejor entre lo que de ella se ha publicado, es el himno de la adoración extática:

*¡Oh Belleza, que tú seas bendita!*

*Límpida, firme, sana e impoluta.*

*Oasis infinito,  
Que prodigas los éxtasis beatos  
Y las románticas contemplaciones.*